

PYRENAICA

Tampoco está, pues, la unidad que buscamos en la forma de ganarse el pan de los navarros ni en la de construir sus típicas moradas.

Pamplona es un ejemplo patente de esta misma diversidad. Sabemos que nació de la fusión de tres ciudades distintas, Iruña, su auténtico nombre así lo atestigua y bien diferenciadas, y hoy el estudio de Angel Abascal, nos muestra que sólo el 41,2 % de la población pamplonesa ha nacido en la ciudad, mientras el 40,6 % procede del resto de Navarra, fundamentalmente de los pueblos cercanos a la capital, el 17 % del resto de España, en particular las provincias limítrofes, y el 1 % del extranjero.

En resumen, en un medio físico muy distinto, donde se dan todas las transiciones del clima atlántico y mediterráneo, y todas las formas de relieve capaces de ser englobadas en tan sólo 10.000 km.², donde las aguas vierten a dos mares y los climas pasan del clima de montaña al mediterráneo continental muy seco, casi desértico, la unidad regional no la dan las formas de actividad, ni el paisaje, ni la manera de atribuirse la población, sino la herencia del pasado puesta al día, modernizada y viva, que permite la vida y el desarrollo de unas unidades familiares coherentes y armónicas, base de un pueblo fuerte y sano moral y mentalmente, sin complicaciones ni dobleces, que trabaja con optimismo y tesón, aunándose a sus provincias hermanas para alcanzar el brillante futuro que les está reservado.

PRINCIPIOS ALPINISTAS

En la Asamblea General de la Unión Internacional de Asociaciones de Alpinismo, celebrada en junio de 1964, el Club Alpino Alemán presentó una declaración de principios que sus miembros se comprometían a divulgar entre las sociedades de ellos dependientes. Por su interés para la formación del espíritu deportivo de las nuevas promociones de montañeros creemos oportuno reproducir aquí no sólo este decálogo de principios alpinistas, sino también las glosas que los acompañaban.

1.º) SER, MAS QUE PARECER.

Hacer montaña significa vencer dificultades. Es educativo, aumenta la confianza en sí mismo, pero no debe conducir a un sentimiento de superioridad. Los alpinistas no son una élite privilegiada, sino simples seres humanos que tienen hacia sus familias y hacia la Sociedad los mismos deberes que los no alpinistas.

El alpinismo no debe perder su carácter de sana actividad de las horas libres. Además, la vida nos impone tareas incomparablemente más grandes y más importantes que las del alpinismo.

La jactancia y el ruido que se hace alrededor de las figuras, la busca del sensacionalismo y las especulaciones perjudican al alpinismo en la misma forma que a la mayor parte de las otras actividades. El hombre capaz, el buen amigo en el que se puede confiar, no se distingue por la fanfarronería sino por la reserva. En él la veracidad es natural.

2.º) VER, MIRAR, APRENDER.

Toda verdadera comprensión es consecuencia de la forma de ver y de captar. Esto exige interés, esfuerzo y experiencia. El que mira a su alrededor sin tomar conciencia de lo que le rodea no hace más que descubrir superficialmente las cosas más esenciales, comprende poco y aprende también poco.

Se puede, por ejemplo, considerar la vegetación alpina bajo el aspecto de su color verde sembrado de manchas multicolores, las rocas bajo su aspecto grisácea y matizado y los alrededores montañosos como una corona de picos anónimos sin quedar por ello insensible a su belleza. Pero la experiencia será mucho más rica y perdurable si se toma plena conciencia de ella y se com-

prende aunque no sea más que en sus aspectos más visibles. Bajo cualquier aspecto que se presente —por ejemplo, para muchos pasan desapercibidas las piñas de pino enano—, será mucho más interesante si se conocen sus características y su origen. El que tiene algunos conocimientos sobre las variedades de las rocas y de las plantas, sobre los animales y sus costumbres, el que puede decir algo sobre los habitantes de una región montañosa y sobre su historia y su cultura, no cabe duda que experimentará una satisfacción mucho más rica.

Si conoces las montañas que te rodean —puede ser que sus nombres evoquen en ti experiencias vividas, recuerdos y esperanzas— vivirás más interesante la grande y embriagadora experiencia del alpinismo.

3.º) PREPARAR.

El éxito de una prueba de montaña depende de su preparación. Las condiciones previas son: la habilidad técnica, el entrenamiento, la buena forma física y la aclimatación, así como un equipo adecuado. A ellas hay que añadir además la capacidad de juzgar las condiciones del desarrollo y del tiempo.

Prepárate para la prueba en montaña física, espiritual y psicológicamente. Familiarízate con sus características y sus condiciones particulares (es muy importante fijar la ruta y el horario, anotar en caso de escaladas difíciles los pasos más fatigosos y, eventualmente, los lugares de detención o vivac, las zonas particularmente peligrosas, las posibilidades de retroceso o de descenso).

No olvidar nunca comunicar vuestro objetivo y la ruta prevista a vuestros parientes más próximos, al guarda del refugio (eventualmente al libro del refugio) o a vuestros amigos.

4.º) REALIZAR LO QUE SOMOS CAPACES DE REALIZAR.

Esto implica dos cosas:

1) No queremos reservarnos, sino ir hasta el límite de nuestras posibilidades.

Una sana ambición es un elemento positivo. La satisfacción que nos produce la acción cumplida, por el valor de la acción en sí misma, da la verdadera medida. Presenciar las hazañas de un buen alpinista, hábil y seguro, proporciona un placer estético.

2) No exagerar.

La capacidad es la medida de lo que está permitido, es decir, que si las condiciones físicas y psicológicas son malas, si la forma física de ese día no es satisfactoria, hay que quedarse abajo.

La insensatez no sólo pone en peligro a la persona insensata y a sus compañeros, sino también, con frecuencia, a los que van a socorrerlos. No se puede asumir esta responsabilidad ni ante sí mismo ni ante los padres o terceras personas a los que por esta causa se perjudica.

Tomarse tiempo. Esta máxima es aplicable tanto antes de la prueba como, dentro de lo posible, durante la prueba. Lo que no se ha podido hacer este año puede hacerse más tarde,

5.º) ECONOMIZAR LOS MEDIOS ARTIFICIALES.

El que reseña una escalada en el libro de la cumbre, la anota por sí mismo o la cuenta a sus amigos y camaradas de sección, reivindica el hecho de haber recorrido una determinada vía, es decir, de haber renovado una vía ya anteriormente realizada.

Es evidente que una renovación no es una hazaña del mismo valor que la primera escalada. Pero las dificultades características de esta o de aquella vía deben permanecer invariables. Del que la realiza por primera vez se exige que sea razonable y del que la renueva que sea leal. No es razonable ni tampoco admisible para los que vengan después intentar una primera que represente un riesgo total. No es leal tampoco abrir una vía recurriendo a medios artificiales ilícitos. Esto no es renovar una ascensión, sino violentarla.

Toda vía de escalada sembrada de clavijas está desvalorizada y por ello las vías deben conservarse o volver a adquirir lo más posible su estado primitivo. La moral alpina exige por tanto una verdadera competición disciplinada de fuerza, midiéndose en condiciones intactas, que uno no tiene derecho a degradar.

Aquel que no escala lealmente debe hacérsele reflexionar y debe educársele.

Como toda libertad la «libertad de la montaña» está también sometida a reglas morales que excluyen la arbitrariedad y la deslealtad.

6.º) TENER EL VALOR DE RENUNCIAR.

El que intenta una prueba en montaña, con o sin esquíes, debe estar también preparado para el regreso. El escalador debe conocer la técnica del descenso. (Así, por ejemplo, el que prefiere la escalada en roca puede tener que enfrentarse con ciertas dificultades durante sus pruebas combinadas sobre roca y sobre hielo). Debe conocer la vía teórica para juzgar, en caso dado, si es posible o sensato continuar la ascensión, utilizar un paso lateral o dar media vuelta.

En caso de necesidad todos los medios son buenos para salir de una pared.

Ciertas catástrofes se han producido porque la decisión de retroceder se ha tomado demasiado tarde. Por ello, la cuestión de la retirada debe ser incluida en primera línea en todas las consideraciones sobre la montaña. Reconociendo a tiempo la necesidad de una retirada, no hacemos más que demostrar nuestro sentido de la responsabilidad. Vale más renunciar demasiado pronto que demasiado tarde.

Aunque no se haya conseguido alcanzar la cumbre, la prueba puede llegar a ser una aventura verdadera e inolvidable, porque en la mayor parte de los casos, la retirada implica la posibilidad del regreso y del éxito final.

7.º) SOCORRER.

En una región habitada podemos ser socorridos, en caso necesario, en cualquier momento. Pero en la montaña no es así. Existen, desde luego, puestos de socorro, bases y patrullas de salvamento, pero éstas no cubren más que una región muy limitada. El que se encuentra en dificultades en montaña se ve obli-

gado a solicitar el socorro del más próximo. Y es por esto que todo alpinista, todo esquiador alpino debe estar siempre dispuesto y ser capaz de socorrer de forma eficaz. Un curso de salvamento o, por lo menos, de primeros auxilios, es una de las exigencias inexcusables de todo alpinista activo.

El peligro de otros es la señal de socorro inmediato, desinteresado y voluntario. Nadie debe contar nunca sobre la eventualidad de que el auxilio sea prestado por terceros, guías, profesores de esquí o miembros de servicio de salvamento.

Pero el apresuramiento en disponerse a prestar socorro no debe ser tampoco ciego. La falsa valoración de sus propias capacidades ha tenido ya, a pesar de la mejor voluntad, muchas consecuencias mortales. Para que el socorro sea coronado por éxito hace falta discernir rápidamente cuáles son los métodos más eficaces. Hay que intentar ante todo, establecer contacto con las personas en peligro para determinar la naturaleza de la ayuda solicitada. Con frecuencia es también oportuno constatar la forma en que puede llegarse hasta ellas. La decisión sobre la forma de intervención depende de la comunicación establecida con las personas a socorrer.

El que por sí mismo es capaz de prestar socorro, debe hacerlo inmediatamente. En caso dado, una tercera persona, de la cual sea posible prescindir, deberá partir a la busca de otros socorristas. Si existen pocas probabilidades de socorrer eficazmente y, por el contrario, es posible llamar a otros socorristas, conviene hacerlo en el plazo más breve.

Raramente la vida y la muerte dependen tan estrechamente de la decisión justa y de la acción inmediata como en los casos de salvamento en montaña.

8.º CUIDAR LOS REFUGIOS.

Debemos una gran parte de nuestras posibilidades de excursión a la existencia de los refugios. Nuestros padres y abuelos los construyeron con gran amor y a costa de grandes sacrificios. A nosotros corresponde cuidar para nosotros y para nuestros hijos, de estos refugios que son las bases de nuestras excursiones.

Todo alpinista sabe por propia experiencia qué agradable es la estancia en un refugio limpio y cuidado y lo desagradable que puede llegar a ser si el refugio está sucio o mal cuidado. Por tanto, es natural que el alpinista se sienta responsable del estado de los refugios, muy especialmente de aquellos que no están dotados de un servicio de entretenimiento regular y de los refugios de invierno.

Cuanto más contribuyamos al entretenimiento y limpieza de nuestros refugios, más a gusto nos sentiremos en la montaña y menores serán los gastos de refugios que figuran en los presupuestos de las sociedades alpinas. El alpinismo activo, la formación alpina de los jóvenes, las expediciones y otras disciplinas útiles saldrán a su vez, beneficiadas.

9.º PROTEGER LA NATURALEZA.

Nos incumbe una serie de responsabilidades en la protección de la naturaleza. Todo lo que en ella nos proporciona hoy goce y salud no debemos dejarlo a nuestros